

Franz Kafka

Merano-Untermals, Pensión Ottoburg

Estimada Frau Milena:

Le escribí unas líneas desde Praga y luego desde Merano. No ha habido respuesta. Por supuesto, esas líneas no exigían contestación inmediata y si su silencio no es más que señal de una relativa bienaventuranza —lo cual con frecuencia se traduce en una cierta resistencia a escribir— me doy por satisfecho. Pero también existe la posibilidad —y por eso le escribo— de que en mis líneas la haya herido de alguna manera. ¡Qué torpe sería mi mano, contra toda mi voluntad, si ése fuera el caso! O bien —y eso sería mucho peor por cierto— que ese momento de sereno respiro, al cual usted aludía, haya pasado y una vez más se inicie una mala época para usted.

Acerca de la primera posibilidad no sé qué decir. ¡Es algo tan ajeno a mí y lo demás me toca tan de cerca! Respecto a la segunda posibilidad no le brindaré consejos —¿cómo podría aconsejarla yo?— me limitaré a formularle una pregunta: ¿Por qué no abandona Viena por un tiempo? ¿Usted no carece de asilo como otra gente? ¿No extraería nuevas fuerzas de una estadía en Bohemia? Y, si por razones que yo desconozco, no quisiera visitar Bohemia, podría viajar a algún otro lugar. Quizás incluso Merano sea conveniente. ¿Lo conoce?

De modo que espero dos cosas. La continuación de su silencio, lo cual significa: “No hay razón para preocuparse, me va bastante bien.” O bien unas pocas líneas.

Afectuosamente, Kafka

He advertido, de pronto, que en realidad no recuerdo su rostro en detalle. Sólo creo ver aún su figura, su vestido, mientras usted se alejaba entre las mesas del café.

Estimada Frau Milena:

Usted se afana por la traducción en medio de ese sombrío mundo vienés. De alguna manera, eso me conmueve y me avergüenza. Supongo que ya ha recibido una carta de Wolff¹ por lo menos, ya hace algún tiempo que él me escribió mencionándome esa carta. La novela corta *Asesino*, que según dicen aparece anunciada en un catálogo, no me pertenece. Es un error. Pero como, al parecer, es la mejor, quizá no se trate de un error, después de todo.

De acuerdo con su última y penúltima carta, el desasosiego y la preocupación parecerían haberla abandonado en forma definitiva. Sin duda eso también alcanza a su marido. ¡No sabe hasta qué punto se lo deseo a ambos! Recuerdo una tarde de domingo hace años: yo me arrastraba por el Franzensquai, asiéndome de las paredes, cuando me crucé con su marido, quien marchaba en condiciones no mucho más brillantes: dos expertos en dolores de cabeza, aunque cada uno a su manera. No recuerdo ya si continuamos la marcha juntos o si cada cual siguió su rumbo. La diferencia entre ambas posibilidades no habría sido muy grande. Pero eso ya pasó y debe permanecer hundido en el pasado. ¿Lo pasa bien en su casa?

Afectuosos saludos

Suyo, Kafka

Merano–Untermais Pensión Ottoburg

Estimada Frau Milena:

Acaba de cesar una lluvia que se prolongó por espacio de dos días y una noche. Es probable que sólo se haya detenido por un rato, pero de todas maneras es un acontecimiento digno de ser celebrado. Y eso es lo que estoy haciendo al escribirle. Sin embargo, hasta la lluvia era soportable, porque aquí uno está en el extranjero, extranjero sólo en cierta medida, pero con todo hace bien al corazón. Si mi impresión fue correcta (un pequeño encuentro aislado, semimudo, parecería ser inagotable en el recuerdo), usted también disfrutaba de la sensación de ser extranjera en Viena, aunque más tarde las circunstancias generales hayan ensombrecido ese placer. Pero ¿no disfrutó usted de lo desconocido como tal? (Cosa que, dicho sea de paso, puede ser un mal síntoma, un síntoma que no debería presentarse.)

Yo lo paso bastante bien aquí. Difícilmente pueda el cuerpo mortal soportar más cuidados. El balcón de mi pieza está inmerso en un jardín rodeado, desbordado de

arbustos en flor (la vegetación es muy curiosa aquí: con una temperatura que en Praga casi congelaría los charcos, ante mi balcón comienzan a abrirse las flores) y expuesto por completo al sol (mejor dicho, a un cielo densamente nublado, desde hace casi una semana). Me visitan lagartijas y pájaros, parejas desparejas. ¡Me gustaría tanto que viniera a Merano! Hace poco me hablaba usted, en una carta, de atmósfera irrespirable. La imagen y el sentido están muy próximos en ese caso y ambos podrían mejorar un poco aquí.

Con los más afectuosos saludos

Suyo, F. Kafka

Así que el pulmón. Todo el día me estuvo dando vueltas en la cabeza, no podía pensar en otra cosa. No es que la enfermedad me haya alarmado más de la cuenta. Creo —sus comentarios parecen sugerirlo— que sólo la ha afectado en forma benigna; así lo espero. Pero hasta la verdadera afección pulmonar (media Europa Occidental tiene los pulmones en condiciones más o menos deficientes), que conozco desde hace tres años, me ha traído más bien que mal. Lo mío comenzó hace unos tres años en plena noche, con un vómito de sangre. Me levanté, estimulado, como siempre que nos ocurre algo nuevo (en lugar de permanecer tendido como me indicaron más tarde los médicos), y por supuesto también un poco alarmado, me dirigí a la ventana, me asomé, me encaminé al lavabo, anduve por la habitación, me senté en la cama... Sangre y más sangre. Sin embargo, no me sentía desdichado; porque, poco a poco, por una razón muy precisa, supe que dormiría por primera vez después de tres, casi cuatro años de insomnio, siempre que la hemorragia se detuviera. Y se detuvo (además, desde entonces no se ha vuelto a presentar) y dormí el resto de la noche. Si bien es cierto que por la mañana llegó la criada (por ese entonces yo tenía un departamento en el Schönborn-Palais), una muchacha buena, casi abnegada, pero extremadamente realista, vio la sangre y dijo: *Pane doktore, s Vámi to dlouho nepotrva?* Pero yo me sentía mejor que nunca, fui a la oficina y sólo por la tarde visité al médico. El resto de la historia carece de importancia. Lo que quise decir es que no fue su enfermedad lo que me alarmó (sobre todo porque a cada paso me interrumpo para escarbar en mi memoria, reconozco una frescura casi campesina detrás de su aspecto tan delicado y afirmo: no, no está enferma; ha sido una advertencia, pero no una afección pulmonar); no fue eso, pues, lo que me alarmó, sino la idea de lo que debe de haber precedido a este trastorno. Para comenzar dejó de lado otras cosas que dice en su carta como: ni un centavo... té y manzanas... diariamente de 2-8. Son cosas que no puedo entender; es evidente que sólo se las puede explicar de

viva voz. Prescindiré, pues, de eso (sólo en la carta, por cierto, porque olvidarlo no podré) y pensaré sólo en la explicación que encontré en aquel entonces para mi caso y que puede ser apropiada para muchos casos. Ocurrió que el cerebro no pudo soportar más las preocupaciones y dolores que le habían sido impuestos. Y entonces dijo: “Me doy por vencido; pero si alguien sigue interesado en mantener la unidad, que me alivie y recoja parte de mi carga; así tiraremos un poco más.” Y entonces se presentó el pulmón. Sin duda tenía poco que perder. Estas tratativas entre cerebro y pulmón, que se cumplieron sin mi conocimiento, pueden haber sido terribles.

¿Y qué hará usted ahora? Es probable que sea una insignificancia si se la atiende un poco. Y todo el que la quiera comprenderá que usted necesita un poco de atención; frente a eso, todo pasa a segundo plano. De modo que en su caso también sería una bendición ¿no? Ya le he dicho... No, no quiero hablar en broma. Por otra parte, no estoy alegre ni lo volveré a estar hasta que usted me escriba comunicándome que inicia una vida diferente y más saludable. Desde que leí su última carta no le pregunto por qué no abandona Viena por un tiempo. Ahora lo entiendo; pero cerca de Viena hay lugares muy bellos en los cuales puede pasar una temporada y donde tendrá oportunidad de ser atendida. Hoy no trataré otro tema sino éste; no hay nada más importante para decir. Lo demás queda para mañana; incluso las gracias por el cuaderno, que me conmueve y me avergüenza, que me entristece y me alegra. No, hay algo más para hoy: si usted distrae un solo minuto de su sueño para dedicarlo a la tarea de traducción será como si me estuviera maldiciendo. Porque si algún día se me somete a juicio, no habrá largas investigaciones, bastará con afirmar: él la privó del sueño. Eso bastará para que me condenen, y con razón. De modo que estoy luchando por mí cuando le ruego que no vuelva a hacer algo así.

Suyo, Franz K.

Estimada Frau Milena:

Hoy quiero hablar de otra cosa, pero es inútil. No es que tome demasiado en serio el asunto; si fuera así, el tono de mi carta sería otro. Pero, de tanto en tanto, debería haber una silla tijera preparada para usted en algún jardín, a media sombra, y unos diez vasos de leche al alcance de su mano. Podría ser muy bien en Viena, sobre todo ahora, en el verano; pero sin hambre ni inquietudes. ¿No es posible? ¿No existe nadie que lo haga posible? ¿Y qué dice el médico?

Cuando extraje el cuaderno del gran sobre me sentí casi decepcionado. Yo quería noticias tuyas, no quería oír esa voz demasiado familiar que surge de la vieja tumba. ¿Por qué tuvo que interponerse ella entre nosotros? Pero luego comprendí que esa voz también había actuado como mediadora entre nosotros. Por lo demás, no comprendo

cómo puede usted haberse hecho cargo de una tarea tan pesada. Me conmueve la fidelidad con que lo ha hecho, remontando y descendiendo cada pequeña frase. Una fidelidad que yo nunca habría concebido en el idioma checo y que usted sabe ejercer con hermosa autoridad natural. ¿Tan próximos están el alemán y el checo? Sea como fuere, el cuento es abismalmente malo. Se lo podría demostrar línea por línea, con excepcional facilidad, mi querida Milena; sólo que al hacerlo, la repugnancia pesaría más que la prueba. Por supuesto, el hecho de que a usted le guste, otorga cierto mérito al cuento, pero ensombrece un poco mi imagen del mundo. No se hable más del asunto. Wolff le hará llegar un médico de campo, ya le he escrito.

Sí; entiendo checo. Más de una vez he estado tentado de preguntarle por qué no me escribía en checo. No porque usted no domine el alemán. En general, es sorprendente cómo lo domina y si alguna vez no logra dominarlo, él se inclina voluntariamente ante usted y eso es lo más lindo. Porque ningún alemán se atreve a esperar eso de su idioma y, por consiguiente, no se anima a ser tan personal en su manera de usarlo. Pero a mí me gustaría leer lo que usted escribe en checo, porque el checo es parte suya, porque en él está Milena entera (la traducción lo confirma), mientras que aquí está sólo la de Viena o la que se prepara para Viena. Entonces: checo, por favor. Y también los folletines que usted menciona. No importa que sean pobres. Usted también se ha abierto paso a través de la pobreza de este cuento... ¿Hasta dónde? No lo sé. Quizá yo también pueda hacerlo y si no lo lograra, sería porque me he quedado atascado en el mejor de los prejuicios.

Me pregunta usted por mi compromiso. Estuve comprometido dos veces (tres, si se quiere; porque me comprometí dos veces con la misma joven); de modo que en tres oportunidades sólo me separaron del matrimonio unos pocos días. El primer compromiso ya no existe (según he oído, ya hay un matrimonio de por medio y un hijito); el segundo se mantiene aún con vida, pero sin la menor perspectiva de casamiento. Por lo tanto, no vive en realidad o lleva una vida autónoma a costa de las personas. En términos generales he podido comprobar —en este terreno y en otros— que quizá los hombres sufran más que las mujeres o, si quiere, que tienen menos resistencia que éstas; pero que las mujeres siempre sufren sin culpa y no porque “no les quede otro remedio” sino en el sentido exacto de la palabra, el cual quizá desemboque a su vez en el “no les queda más remedio”. Pero es inútil reflexionar sobre estas cosas. Es como si uno se esforzara por destruir un solo caldero del infierno: en primer lugar, no lo lograría, y si lo lograra, se quemaría en la masa ardiente que brota del caldero roto. Mientras tanto, el infierno subsistiría en toda su gloria. Es necesario comenzar de otra manera.

Pero, ante todo, tenderse en un jardín y extraer de la enfermedad —sobre todo si no es tal— toda la dulzura posible. Y es mucha la dulzura que contiene.

Suyo, Franz K.